

Debates feministas en torno a la cirugía estética: modelos teóricos y estrategias interpretativas

Feminist debates on cosmetic surgery: theoretical models and interpretative strategies

JOAQUÍN MOLINA *

Universidad Nacional de San Martín

RESUMEN. El presente artículo se propone identificar y describir los debates teóricos feministas en torno a la cirugía estética, procurando poner de relieve las implicancias de cada uno de estos enfoques para el diseño de investigación en ciencias sociales. La exposición se estructura en tres apartados. En el primer apartado se realiza una breve caracterización de las etapas de un diseño de investigación en ciencias sociales. En el segundo apartado identificamos y describimos las disputas teóricas que caracterizan los debates feministas “clásicos” acerca de la cirugía estética, con la pretensión de destacar diferencias conceptuales, epistemológicas e interpretativas entre los enfoques opresivo, discursivo y centrado en la agencia. En el tercer apartado abordamos algunas investigaciones feministas recientes, cuyo punto de confluencia consiste en destacar el carácter intersubjetivo del discurso sobre la cirugía estética. Estos enfoques introducen una modificación en la estrategia interpretativa que, tal como vemos en el último tramo del trabajo, requiere ser complementada con una reflexión sobre las propias técnicas de investigación empleadas. Al cierre, se destaca la potencialidad de efectuar un desplazamiento de un imaginario causal a uno procesual para identificar el complejo entramado de actores y contextos socio-económicos que subyacen al consumo de la cirugía estética.

PALABRAS CLAVE: cirugía estética; teorías feministas; agencia; diseño de investigación; metodología

ABSTRACT. This article aims to identify and describe the feminist theoretical debates surrounding cosmetic surgery, seeking to highlight the implications of each of these approaches for the design of social science research. The presentation is structured in three sections. The first section provides a brief characterization of the stages of a social science research design. In the second section we identify and describe the theoretical disputes that characterize the “classic” feminist debates about cosmetic surgery, with the aim of highlighting conceptual, epistemological and interpretative differences between oppressive, discursive and agency-centered approaches. In the third section we address some recent feminist research, whose point of confluence consists in highlighting the intersubjective character of the discourse on cosmetic surgery. These approaches introduce a modification in the interpretative strategy that, as we see in the last section of the paper, needs to be complemented with a reflection on the research techniques used. In closing, we highlight the potential of shifting from a causal to a processual imaginary to identify the complex web of actors and socio-economic contexts that underlie the consumption of cosmetic surgery.

KEY WORDS: cosmetic surgery; feminist theories; agency; research design; methodology

* Doctor en Sociología, (Universidad Nacional de San Martín/École des hautes études en sciences sociales). Miembro del “Centro de Estudios Sociales de la Economía” (Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín) e investigador externo del “Grupo de Estudios Sociales sobre Fármacos y Diagnósticos” (Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires). Docente de grado en la Universidad Nacional de San Martín y en la Universidad de Palermo. E-Mail: joaquin_molina86@hotmail.com  <https://orcid.org/0009-0000-5416-8210>

Introducción

En un corto de amplia circulación en las redes sociales titulado *Supervenus*,¹ el realizador francés Frédéric Doazan presenta, mediante técnicas de animación, una visión crítica acerca de los efectos deletéreos de las intervenciones estéticas sobre el cuerpo femenino. Dos entidades protagonizan el corto: el cuerpo de una mujer y dos manos anónimas cubiertas por sendos guantes de látex. En la secuencia inicial se observa la tapa de un libro de anatomía en cuya superficie aparece inscripto el título (*Atlas Élémentaire d'Anatomie*) y la representación del plano superior de un cuerpo humano. Segundos después, las manos enguantadas abren el libro, dando lugar a la visualización del escenario en el que se desarrollarán las acciones: una página blanca que registra en el margen superior la leyenda *Femme adulte*, en el centro la representación de una figura femenina circundada por números y a la izquierda de la figura un recuadro en el que presuntamente se enumeran las partes del cuerpo. Aunque breve, la acción inicial delinea las condiciones de posibilidad de la trama: las manos enguantadas “barren” la numeración y el recuadro, el carácter “natural” de la anatomía humana deviene en una *tabula rasa* donde todas las inscripciones son posibles.

La dimensión humana de las manos y el tamaño escala “muñeca” de la figura femenina constituyen el aspecto visible de la asimetría que rige las inscripciones. Las manos constituyen la parte activa de la relación: desvisten, disponen, rasuran, trazan, palpan, inyectan, succionan, seccionan, implantan, extraen, estiran y tuestan. El cuerpo femenino deviene en receptor pasivo de las manipulaciones: los movimientos oculares y la sonora sonrisa conformista producto de la inyección de una sustancia violeta en el cerebro de la Venus rubia son los únicos rastros de voluntad que se perciben en la entidad receptora. No obstante, el cuerpo registra el ritmo vertiginoso de las intervenciones orientadas a producir un ajuste en sintonía con el incessante cambio en los ideales de belleza. El pasaje de la figura rolliza, plana, de labios finos, piel blanca y anchas caderas a la figura esbelta, de curvas pronunciadas, labios abultados, piel bronceada y cintura estrecha manifiesta su crudeza en el tejido que se estira, la carne que sangra y la piel que se cuece. El desgaste generado por las sucesivas intervenciones, moduladas por estándares crecientemente “irrealizables”, empuja el cuerpo a una decadencia *in crescendo*: un pecho que se estira y revienta como consecuencia de un implante mamario desmesurado; cejas que se despegan y caen del rostro; un golpe intenso de cama solar que resulta en un cuerpo carbonizado, quebradizo, poco a poco desintegrado. El trágico final, invita a una lectura retrospectiva: prácticas estéticas que podrían presentarse como inocuas y banales, son el resultado de fuerzas históricas y culturales que compelen a las mujeres a modelar su cuerpo de acuerdo a los ideales de belleza vigentes más allá de los riesgos físicos que eso conlleve.

Si bien resulta inapropiado evaluar una producción artística según criterios de veracidad científica, consideramos que presenta de un modo estilizado un imaginario acerca del mundo empírico (Becker, 2014) que suscita varios interrogantes: ¿constituye una representación adecuada del modo en que se estructuran las prácticas de belleza en las sociedades contemporáneas? ¿las mujeres son víctimas pasivas de imposiciones culturales o cumplen un rol activo en la reproducción de estas prácticas? ¿cuáles son las implicancias epistemológicas de la adopción de estos supuestos? ¿qué consecuencias políticas conlleva la adopción de cada uno de estos enfoques? ¿qué técnicas de investigación son adecuadas para abordar este objeto? ¿cómo instrumentar estas técnicas de un modo reflexivo? Para responder a estas preguntas, este artículo se propone efectuar una revisión bibliográfica acerca del campo de producciones feministas en torno a la cirugía estética destacando las derivaciones epistemológicas y metodológicas de los diversos modelos teóricos. Dado el predominio de la producción teórica anglosajona en estos debates, el artículo se centra en este corpus, aunque reconoce la relevancia de incorporar perspectivas locales en futuras investigaciones. El supuesto que guía este trabajo es que, lejos de constituir un mero ejercicio de

¹ Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=1k1bZ23yr40>

erudición, la explicitación de los supuestos teóricos tiene profundas consecuencias en el desenvolvimiento de cada una de las etapas que componen un diseño de investigación en ciencias sociales.

La exposición se estructura en tres apartados. En el primer apartado se realiza una breve caracterización de las etapas de un diseño de investigación en ciencias sociales, con el objetivo de desplegar una grilla de análisis de las producciones feministas sobre cirugía estética. En el segundo apartado identificamos y describimos las disputas teóricas que caracterizan los debates feministas “clásicos” acerca de la cirugía estética, con la pretensión de destacar diferencias conceptuales, epistemológicas e interpretativas entre los enfoques opresivo, discursivo y centrado en la agencia. En el tercer apartado abordamos algunas investigaciones feministas recientes, cuyo punto de confluencia consiste en destacar el carácter intersubjetivo del discurso sobre la cirugía estética. Estos enfoques introducen una modificación en la estrategia interpretativa que, tal como vemos en el último tramo del trabajo, requiere ser complementada con una reflexión sobre las propias técnicas de investigación empleadas.

1. Diseño de investigación en ciencias sociales

Para analizar los debates feministas sobre la cirugía estética, este apartado esboza el papel del diseño de investigación en ciencias sociales, destacando su capacidad para articular supuestos teóricos, producción de datos e interpretación en el estudio de prácticas de género. La investigación de la cirugía estética, una práctica imbricada en ideales culturales de feminidad, requiere un marco teórico-metodológico que permita navegar las tensiones entre estructura y agencia que caracterizan los enfoques feministas. Al delinear las etapas del diseño de investigación, establecemos una grilla para evaluar cómo los enfoques opresivo, discursivo y centrado en la agencia construyen su objeto de estudio, seleccionan unidades de análisis, recolectan datos e interpretan hallazgos, moldeando así sus implicancias epistemológicas y políticas.

La investigación científica involucra un conjunto de decisiones y prácticas (que incluyen instrumentos conceptuales y operativos) a partir de las cuales se puede producir conocimiento acerca de un fenómeno de interés (Marradi *et. al.*, 2007). Se trata de un proceso sistemático y organizado, cuyo devenir se sustenta en el diseño de investigación elaborado previamente por el investigador. El diseño puede definirse como “...el conjunto de decisiones teóricas y metodológicas que harán posible la investigación” (Marradi *et. al.*, 2007: 72). Con distintos grados de desagregación, existe consenso acerca de las decisiones involucradas en un diseño de investigación: 1. Decisiones relativas a la construcción del objeto; 2. Decisiones relativas a la selección de las unidades de análisis; 3. Decisiones relativas a la recolección de la información; 4. Decisiones relativas al análisis de la información (Marradi *et. al.*, 2007: 74).

Según el grado de detalle con que se explicitan los componentes del diseño y el modo en que se plantea su articulación, los metodólogos formulan una distinción entre tipos de diseños. Generalmente asociado a los estudios sociales cuantitativos, el diseño estructurado “...es un plan o protocolo lineal riguroso, con una secuencia unidireccional, cuyas fases preestablecidas se suceden en el tiempo y las realizan quizás diferentes personas” (Mendizábal, 2006: 66). Habitualmente vinculado a los estudios sociales cualitativos, Maxwell (1996) define el diseño flexible como la “...estructura subyacente e interconexión de componentes de un estudio y la implicación de cada elemento sobre los otros” (Maxwell, 1996: 3). El autor presenta un modelo de diseño interactivo. Ello significa, por un lado, que cada uno de los componentes tiene implicancias sobre los otros, en lugar de presentar una relación unidireccional. Por otro lado, que el diseño de un estudio cualitativo debería presentar la flexibilidad suficiente para modificarse en interacción con la situación en la cual el estudio es conducido.

La construcción del marco teórico constituye una operación crucial, ya que las sucesivas etapas que involucran el diseño de investigación se encuentran condicionadas por esta decisión inicial. Así, tanto la formulación de los objetivos de investigación como las estrategias metodoló-

gicas de recolección y análisis de datos, deben guardar consistencia lógica con el marco teórico. Según Sautu (2005), la construcción del marco teórico involucra un conjunto de ideas y concepciones pasibles de ser divididas en tres grandes grupos: el paradigma, las teorías generales de la sociedad y las teorías sustantivas. El paradigma se define como el sistema básico de creencias o visión del mundo que guía al investigador. Esta visión involucra supuestos ontológicos, epistemológicos, axiológicos y metodológicos (Guba y Lincoln, 2002). Las teorías generales de la sociedad refieren a “...proposiciones o conjuntos de proposiciones acerca de cómo y por qué sucesos y procesos tienen lugar en el tiempo y el espacio social y cuáles son las conexiones entre ellas” (Sautu, 2005: 27).

Teoría general y paradigma, al definir los objetivos de investigación, configuran simultáneamente los requisitos de la orientación metodológica cuantitativa o cualitativa. Cabe destacar que, al interior de la comunidad científica, se registra un debate de larga data acerca de la articulación que debería presentarse entre paradigma y decisiones metodológicas. Las posturas asumidas en este debate contribuyen a reproducir o a cuestionar el discurso de la distinción cualitativo/cuantitativo a nivel metodológico (Cohen y Piovani, 2008). Bericat (1998) elabora una clasificación tripartita de estas posturas: la postura epistemológica, que defiende una coherencia vertical entre paradigma y métodos; la postura técnica, que relaja el criterio de coherencia y adopta una postura pragmática en la utilización de técnicas; y la postura metodológica, que admite la posibilidad de instrumentar técnicas de un modo pragmático, siempre y cuando la integración esté acompañada de una reflexividad metateórica que evite absurdos agrupamientos técnicos.

Sea cual fuere la postura adoptada, existe cierto consenso en torno a las características diferenciales que presentan los enfoques cuantitativos/cualitativos y las técnicas de investigación que captan idóneamente las realidades sociales a las que se orienta cada paradigma. Los enfoques cuantitativos, generalmente asociados al paradigma positivista o postpositivista, asumen la existencia de una realidad externa al investigador posible de ser aprehendida objetivamente mediante métodos rigurosos que tornen mensurables ciertos aspectos de la realidad social. Se orienta a explicar el mundo social postulando leyes o relaciones causales entre variables. Los enfoques cualitativos, generalmente asociados al paradigma constructivista o teoría crítica, asumen la existencia de una realidad social múltiple relativa a la percepción subjetiva de los actores, posible de ser aprehendida mediante un proceso dialógico entre sujeto y objeto de investigación que permita elaborar una descripción densa de esta realidad. Se orienta a reconstruir o comprender el sentido que los individuos o grupos sociales confieren a sus prácticas (Denzin y Lincoln, 1994; Guba y Lincoln, 2002; Kornblit, 2004).

Las características que presentan los diseños de investigación, y en particular el diseño interactivo, permiten explicitar el trasfondo que guía nuestra reflexión en torno a la producción de conocimiento acerca de las prácticas de cirugía estética desde las perspectivas feministas. De tal modo, tomando como punto de partida la idea rectora del modelo de investigación como una totalidad integrada e interactuante, consideramos relevante abocarnos a dilucidar el modo en que se articulan la teoría, la producción y el análisis de datos en el campo de producciones científicas anglosajonas sobre el consumo de cirugía estética. A partir de esta grilla de análisis, en los próximos apartados no solo se explorarán las tensiones que atraviesan este campo, sino que también se formularán propuestas teóricas y metodológicas que plantean una alternativa a la oposición entre agencia y estructura que organiza estos debates.

2. Mujeres y cirugía estética: ¿víctimas o agentes?

Según las estadísticas disponibles, el dominio de la cirugía estética constituye un territorio eminentemente femenino, donde las incursiones masculinas mantienen un carácter excepcional (Davis, 2003). En este marco, no es casual la proliferación de investigaciones sobre este fenómeno elaboradas desde una perspectiva feminista, cuyo supuesto fundamental es que el género es un

organizador clave en la vida social. La literatura que se aboca a una revisión retrospectiva de las investigaciones feministas sobre cirugía estética destaca la presencia de áreas de consenso y divergencia en los enfoques teóricos-metodológicos que abordan esta problemática. De este modo, las producciones feministas más tempranas convergen en la inquietud por analizar los motivos que las mujeres esgrimen para convertirse en receptoras de intervenciones quirúrgicas con fines estéticos. No obstante, los modelos teóricos colocan diferente énfasis epistemológico en la narrativa de las mujeres y utilizan diferentes estrategias interpretativas para teorizarlas (Heyes y Jones, 2009: 7). Una breve definición de las peculiaridades que presenta la cirugía estética, contribuye a delinear el eje sobre el cual se desarrolla el debate feminista sobre estas prácticas:

La cirugía estética remodela estructuras anatómicas sanas, cuya apariencia se encuentra dentro del rango normal de variación. La cirugía estética generalmente no está cubierta por los seguros de salud porque se considera un procedimiento electivo sin mérito para la salud física. La naturaleza opcional de la cirugía estética proviene de su propósito más que de las técnicas utilizadas. El objetivo es que la apariencia del paciente se aproxime más al ideal contemporáneo (Sullivan, 2004: 13).

Tal como puede constatarse, la cirugía estética es una práctica que presenta un carácter paradójico: se trata de una práctica electiva orientada a remodelar el cuerpo en conformidad con las pautas culturales que definen los estándares de belleza femeninos. Los enfoques feministas se fundan en distintos imaginarios acerca del mundo empírico para resolver esta paradoja. Estos imaginarios sostienen distintos supuestos teóricos acerca de los agentes, las estructuras sociales y el modo en que se entrelazan ambos componentes analíticos. Un primer conjunto de investigaciones parte de una interpretación que destaca la preeminencia de la estructura en la configuración de las prácticas de belleza. Subrayan el carácter normalizador de la cirugía estética y el desempoderamiento de las mujeres que se someten a estas prácticas. Conciben la producción de conocimiento como un insumo crítico para combatir las desigualdades de género y se proponen desentrañar el complejo de instituciones que compelen a las mujeres a someterse a riesgosas intervenciones quirúrgicas en nombre de los ideales de belleza. En oposición a estos enfoques, una serie de investigaciones rescatan el carácter reflexivo de los agentes que, confrontados a los constreñimientos estructurales, deciden someterse a las prácticas de belleza. Insertan a la cirugía estética dentro del proyecto identitario de los agentes y afirman que la cirugía estética empodera a las mujeres. Destacan el carácter crítico de las investigaciones feministas, con la salvedad de que la dimensión axiológica de la ciencia no debería obturar la comprensión de la lógica práctica de las mujeres que eligen recurrir a la cirugía estética.

2.1. Enfoques opresivo y discursivo

El primer conjunto de producciones feministas toma como marco teórico de referencia a Foucault. A pesar de este punto de confluencia, existen divergencias en cuanto al modo en que definen el “poder” y la “feminidad” en sus respectivos marcos interpretativos. Siguiendo la clasificación propuesta por Davis (1991) pueden distinguirse dos modelos sucesivos dentro de esta corriente de estudios feministas: el modelo opresivo y el modelo discursivo. El primer modelo define la feminidad como una experiencia compartida por las mujeres, entre las cuales la opresión cumple un papel central. El poder es definido en términos de opresión masculina y subordinación femenina. Dentro de esta corriente, podemos ubicar los trabajos de Kathryn Morgan (1991) y Sandra Bartky (2002), cuyo supuesto teórico central es que tanto las disposiciones de carácter como el cuerpo femenino están regulados por un conjunto de normas de feminidad impuestas a través de prácticas disciplinarias. Según este supuesto, la decisión de las mujeres de someterse a una cirugía estética se define como una práctica compulsiva destinada a ajustar el cuerpo a las normas de feminidad dominantes. Las normas de feminidad, según las autoras, esta-

blecen estándares de belleza socialmente construidos que definen al cuerpo “natural” como una “entidad primitiva”, susceptible de ser corregida mediante la intervención de tecnologías médicas. En otros términos, el cuerpo femenino “artefactual” deviene en la norma a partir de la cual el cuerpo “natural” es evaluado como “defectuoso” (Morgan, 1991: 31).

En el marco de un enfoque que destaca la faceta opresiva del poder e instala a la feminidad como un criterio de evaluación exógeno que obtura la autonomía femenina, no es de extrañar que la cirugía estética sea considerada como una práctica que desempodera a las mujeres. Ante todo, porque reproduce el discurso de la “inferioridad del cuerpo femenino” y genera una relación alienada con el propio cuerpo que pasa a ser objeto de vigilancia permanente. La opresión “internalizada” tiene su correlato en la multitud de jueces externos que evalúan el cuerpo femenino, encarnados en hombres concretos (hermanos, padres, amantes, expertos en belleza) o en el observador masculino presente en la mirada escrutadora de otras mujeres, un mecanismo de poder patriarcal que, como argumenta de Lauretis (1984), hace a las mujeres cómplices en la producción de su propia “feminidad” al internalizar la mirada masculina en las dinámicas sociales. Asimismo, las prácticas destinadas a embellecer suponen un desperdicio de tiempo y dinero que raramente permite acceder a posiciones de respeto y poder social. Alimentan el racismo y la opresión de clase ínsito en los ideales de belleza dominantes, y reproducen disposiciones corporales que representan subordinación en las jerarquías que rigen el universo masculino.

Ahora bien, si las prácticas de belleza y la cirugía estética en particular son el producto de un poder opresivo y desempoderan: ¿por qué las mujeres sucumben a estas prácticas? Las autoras sugieren dos respuestas: la “ideología” y el “placer”. Partiendo del análisis de una serie de extractos de revistas, Morgan señala que el sentido que las “voces femeninas” confieren a la cirugía estética “...se asocia frecuentemente con experiencias vividas de autocreación, autorrealización, autotranscendencia y el sentimiento de ser cuidado” (Morgan, 1991: 35). No obstante, la elección creativa y el empoderamiento asociado a la cirugía estética, constituyen una manifestación de “falsa conciencia” que oscurece las relaciones de poder comprometidas con el imperativo de belleza tecnológico en las sociedades occidentales industrializadas. Para argumentar este punto, la autora desarrolla tres “Paradojas de la elección”. La primera sugiere que, si bien la cirugía estética aparece a primera vista como una instancia de elección, constituye en realidad una instancia de conformidad con las normas de feminidad sancionadas por la mirada masculina interna e internalizada. La segunda paradoja refiere a la metáfora de la “cultura colonizadora” que, basada en una retórica benevolente y terapéutica, camufla prácticas de coerción y dominación sobre el cuerpo femenino. La tercera paradoja establece que el carácter “electivo” que diferencia a la cirugía estética de otras prácticas médicas opera como un camuflaje ideológico que oculta la ausencia de elección: la normalización de la cirugía estética torna imperativo el uso de estas tecnologías para ser exitoso, más aún teniendo en cuenta que la “belleza artificial” desplaza a la “belleza natural” como estándar dominante. Bartky (2002) matiza la faceta represiva del poder e introduce el placer como una experiencia que contribuye al involucramiento entusiasta de las mujeres en las prácticas de belleza. Estas prácticas implican importantes ritos de pasaje a la adultez y constituyen ocasiones de afirmación de la camaradería femenina. Permiten encarnar los ideales de belleza, y obtener el placer hedonista a través de las miradas de admiración y deseo que suscita la propia imagen.

El modelo discursivo, inspirado en las teorías de Michel Foucault, emerge como una crítica al esencialismo inherente al modelo opresivo, desplazando la categoría unificada de “mujer” por una concepción plural de las feminidades, entendidas como performances sujetas a negociación y subversión. Este enfoque reformula la feminidad no como una esencia fija, sino como un conjunto de prácticas discursivas y corporales que se construyen en contextos históricos y culturales específicos. En contraste con el modelo opresivo, que enfatiza la dimensión represiva del poder, el enfoque discursivo destaca su faceta productiva, reconociendo que el poder no solo constriñe, sino que también genera significados, deseos y subjetividades. Esta perspectiva permite analizar la cirugía estética no como una simple imposición normativa, sino como una práctica compleja y ambivalente, en la que las mujeres pueden tanto reproducir como subvertir los ideales

culturales de belleza (Bordo, 2009; Pitts-Taylor, 2007).

Susan Bordo (2009), una figura central dentro de esta corriente, define la belleza como un fenómeno cultural intrínsecamente ligado a los discursos que configuran la feminidad. Su trabajo pone el foco en la deconstrucción crítica de estos discursos, mostrando cómo la cultura contemporánea, al separar el cuerpo de la mente y asociar la feminidad con lo corporal, lo precario y lo imperfecto, convierte al cuerpo femenino en un sitio privilegiado de poder y disciplina (Pitts-Taylor, 2007). Bordo argumenta que los ideales de belleza no son meros estándares estéticos, sino tecnologías de género que operan a través de procesos de normalización (la comparación de los cuerpos femeninos con ideales contemporáneos de feminidad) y homogeneización (la contención de diferencias corporales disruptivas) (Davis, 2003: 10). Estos procesos, lejos de ser neutrales, refuerzan las desigualdades de género al perpetuar la percepción del cuerpo femenino como inherentemente defectuoso, necesitado de corrección mediante intervenciones como la cirugía estética.

Un aporte clave del enfoque discursivo es su crítica al discurso individualista que presenta la elección de la cirugía estética como un acto de libre voluntad. Bordo sostiene que este discurso constituye una mistificación ideológica que oculta las estructuras de desigualdad de género y la lógica capitalista que fomenta la insatisfacción corporal para sostener el consumo (Bordo, en Heyes y Jones, 2009: 27). En una cultura que promueve el voluntarismo individual, las mujeres son incitadas a internalizar la responsabilidad por su apariencia, lo que refuerza la dinámica de auto-vigilancia y auto-disciplina. Sin embargo, el enfoque discursivo no se limita a señalar esta opresión; también reconoce la ambivalencia en la participación de las mujeres en las prácticas de belleza, donde pueden encontrar espacios de agencia, placer o resistencia, como en la redefinición de su identidad a través de la transformación corporal.

Epistemológicamente, el enfoque discursivo se distingue por su énfasis en el análisis de los discursos culturales como método para comprender las prácticas de cirugía estética. En lugar de proponer modelos alternativos de feminidad, que podrían recaer en nuevas formas de esencialismo, aboga por una crítica cultural feminista cuyo objetivo "...es edificación y comprensión, una conciencia intensificada del poder, la complejidad y la naturaleza sistemática de la cultura, las redes interconectadas de su funcionamiento" (Bordo en Heyes C. y Jones M., 2009: 23). Este objetivo metodológico implica analizar los discursos dominantes (médicos, mediáticos, publicitarios) que configuran los ideales de belleza, así como los discursos de las propias mujeres, para desentrañar cómo estos moldean las subjetividades y prácticas corporales.

El enfoque discursivo, al destacar la construcción cultural de la feminidad y la ambivalencia de las prácticas de cirugía estética, abre un espacio para interrogar las tensiones entre estructura y agencia en los debates feministas. Mientras que este modelo subraya la producción de subjetividades a través de discursos culturales, las perspectivas centradas en la agencia desplazan el foco hacia la reflexividad y las decisiones de las mujeres en contextos de restricciones estructurales, planteando nuevos interrogantes sobre el papel activo de las agentes en la configuración de sus prácticas corporales.

2.2. El problema de la agencia

Es moneda corriente en las disputas sociológicas la lectura estereotipada de los enfoques alternativos con la finalidad de fortalecer los supuestos teóricos de los propios enfoques. En el caso de Bordo, la crítica cultural al discurso individualista que permea los enfoques feministas posmodernos se hace extensiva a los trabajos de Kathy Davis (1991; 2003). Ante esta crítica, Davis procura destacar que la propuesta teórica que ella esboza, si bien rescata la agencia de las mujeres que deciden someterse a una cirugía estética, no niega la relevancia de los constreñimientos estructurales que pesan en esta decisión.

Por este motivo, ya desde el inicio de su libro *Dubious Equalities and Embodied Differences* (2003), la autora afirma que el imaginario posmoderno basado en los supuestos del cuerpo

como una elección estilística individual, la neutralidad tecnológica y el igualitarismo de las estéticas individuales presenta varias dificultades. En primer lugar, normaliza la cirugía estética al concebirla como un instrumento al servicio de los “proyectos individuales”, desdibujando de este modo los riesgos de estas intervenciones y el carácter excepcional que deberían asumir en función de ellos. En segundo lugar, ignora que la percepción de la apariencia deseable, lejos de obedecer a una cuestión estilística individual, se encuentra moldeada por los ideales de belleza dominantes que expresan desigualdades estructurales. Por último, ignora que la percepción del propio cuerpo se construye dentro de determinado contexto histórico, social y cultural.

Tal como puede observarse en estas críticas, Davis comparte con los enfoques precedentes la relevancia que asume el contexto en la decisión de las mujeres de someterse a una cirugía estética. No obstante, considera problemático el modo en que dichos enfoques conceptualizan las prácticas de los agentes, así como la relación entre estas prácticas y las estructuras. Para ser más precisos, formula tres críticas a estos enfoques. En primer lugar, parten de una definición del poder en la que los individuos asumen el papel de “idiotas culturales” que reproducen imperativos estructurales sin ser conscientes de ello. En segundo lugar, refuerzan una concepción dualista del cuerpo femenino al ignorar la experiencia vívida de las mujeres con sus propios cuerpos. En tercer lugar, el determinismo ínsito en el marco teórico predetermina las posibles interpretaciones pasibles de ser realizadas sobre el relato de las mujeres que recurren a la cirugía estética.

Tomando como punto de referencia estas críticas, es posible desarrollar la propuesta teórico-metodológica de Davis. Su principal investigación, publicada en el libro *Reshaping the Female Body* (1995), parte del análisis de entrevistas en profundidad a mujeres que se habían realizado o que estaban planeando realizarse una cirugía estética. La postura epistemológica que guía la fase de producción y análisis de datos es sustancialmente diferente a la que subyace en los enfoques presentados más arriba. “Escuchar las voces femeninas”, en el análisis de Morgan, consiste en seleccionar fragmentos discursivos que valoren a la cirugía estética como una práctica electiva que empodera, para luego denunciar el carácter ilusorio de los enunciados. “Escuchar las voces femeninas”, en el análisis de Davis (1995), consiste en realizar entrevistas en profundidad, recuperar las ambigüedades presentes en la elección de la cirugía estética y comprender la relevancia que asumen estas prácticas en las trayectorias de sufrimiento de estas mujeres. En consecuencia, la posición del crítico cultural que desde una situación de privilegio epistemológico desenterra verdades ocultas acerca de la cultura, es desplazada en favor de la escucha atenta y el análisis de las “voces femeninas” en sus propios términos. En términos de Davis (1991):

Escuchar sus prácticas justificativas ayudará a esclarecer la inquietante pregunta de por qué las mujeres podrían elegir de manera voluntaria e incluso entusiasta alterar sus cuerpos quirúrgicamente, asumiendo grandes riesgos y costos para sí mismas. Al escucharlas, podemos comenzar a entender la compleja relación entre los discursos culturales de la feminidad y la belleza y la implicación de las mujeres en el complejo de la ‘moda-belleza’ (Davis, 1991: 40).

Analizar el discurso de las mujeres en sus propios términos involucra necesariamente una reconceptualización que permita conferirles un papel más activo en la producción del mundo social. A tal efecto, la autora retoma la noción de “agencia” de Anthony Giddens (1993), cuyo principal aporte consiste en rescatar la participación activa de los agentes en la estructuración de la vida social. Ello implica concebir a las mujeres como agentes competentes que poseen un conocimiento íntimo y útil de la sociedad, incluyendo las prácticas y los discursos dominantes sobre la feminidad (Davis, 2003: 13). La adopción de esta perspectiva teórica permite comprender la ambigüedad con que las mujeres justifican su decisión. Al mismo tiempo, habilita una interpretación en la que la cirugía estética se define como una elección que, efectuada en el marco de los constreñimientos estructurales de la belleza femenina, permite a algunas mujeres “para aliviar un

sufrimiento insoportable, reapropiarse de cuerpos anteriormente odiados y reingresar al mundo cotidiano de la feminidad, donde los problemas de belleza son rutinarios y, al menos hasta cierto punto, manejables” (David, 2002: 85). En suma, el abandono de la posición de privilegio epistemológico y la interpretación de las voces femeninas en sus propios términos, permite comprender que la cirugía estética constituye una elección que empodera a estas mujeres en el universo de sus prácticas cotidianas.

La posibilidad de empoderamiento que surge de la elección de la cirugía estética se encuentra ligada a la experiencia cotidiana de las mujeres con sus propios cuerpos. Recuperar esta experiencia, implica romper con la dualidad mente y cuerpo que subyace en la definición de los ideales de belleza como estándares objetivos según los cuales el cuerpo femenino es normalizado y homogeneizado. Según Davis, las mujeres construyen una percepción de sus propios cuerpos que está ligada a sus trayectorias y experiencias personales. En este marco, no es posible definir estándares de belleza objetivos y el foco de análisis se orienta a dilucidar el modo en que las mujeres demarcan el límite entre el cuerpo “normal” y “anormal”. Este desplazamiento, permite evaluar la cirugía estética como una práctica que se desarrolla en el marco de las negociaciones que las mujeres desarrollan con sus cuerpos y comprender que se trata de una intervención cuya finalidad consiste en conseguir un cuerpo “ordinario” más que un cuerpo “bello”. En consecuencia, se trata de intervenciones sobre la identidad de los agentes más que de intervenciones limitadas a la superficie del cuerpo.

En suma, la interpretación de segundo grado que Davis elabora en base a las interpretaciones de las mujeres (Geertz, 2005), permite reconstruir el sentido conferido a la cirugía estética en un registro más próximo al conocimiento práctico de las entrevistadas. La aplicación de esta estrategia interpretativa a una práctica que suscita críticas feroces en el área de estudios feministas, introduce una tensión política al interior de este posicionamiento epistemológica: interpretar a las mujeres en sus propias palabras conlleva el riesgo de reproducir el discurso individualista que legitima la cirugía estética. Para saldar este dilemapolítico, Davis aboga por una estrategia asentada en un balance “entre una crítica feminista de la obsesión por la cirugía estética (junto con las ideologías de inferioridad femenina que la sostienen) y un deseo igualmente feminista de tratar a las mujeres como agentes que negocian sus cuerpos y sus vidas dentro de las limitaciones culturales y estructurales de un orden social de género” (Davis, 2003: 14).

La explicitación de la toma de posición crítica respecto a la cirugía estética, no basta para poner un coto a los cuestionamientos provenientes de los enfoques más estructurales. Tal como señalamos al inicio de este apartado, Bordo (2009) señala que la estrategia interpretativa de Davis refuerza la retórica posmoderna de la libre elección y la autodeterminación. Según la autora, el énfasis en la agencia de las mujeres oscurece el poder normativo de la industria de la belleza que induce a percibir el cuerpo ordinario como defectuoso y que permanentemente eleva la vara que establece las características físicas aceptables. En cierto modo, la crítica de Bordo oscila entre el escepticismo acerca de la capacidad de los agentes de operar un distanciamiento reflexivo respecto a la presión de los discursos culturales y la dificultad práctica de resistir a estas imposiciones en un contexto donde la normalización de la cirugía estética estrecha las posibilidades de ejercer una elección genuina. En relación a este punto, Fraser (2003) señala que al tiempo que Davis define la elección de la cirugía estética como una acción que permite a las mujeres tomar un control de sus propias vidas, sería perfectamente legítimo sostener que la agencia femenina se afirma en la resistencia a recurrir a estas prácticas. En todo caso, el modo en que Davis retrata la agencia tiende a hacer pasar la negociación de los constreñimientos culturales como una suerte de resistencia, oscureciendo de este modo la posibilidad de afirmar la agencia a través de la acción colectiva orientada a generar cambios sociales amplios.

En relación al posicionamiento de Davis en el debate identidad/normalización, Heyes (2007) observa que la negación verbal de las determinaciones estructurales y de la falsa conciencia en el marco de una entrevista, no es suficiente motivo para concebir a las mujeres como agen-

tes libres. Señala que la idea de que cierto tipo de cuerpo expresa el verdadero “yo interior” es precisamente el modo en que históricamente ha operado la normalización corporal. En un intento de conciliar posiciones teóricas contrapuestas afirma: “La belleza y la identidad son siempre parte del mismo fenómeno: ese proceso histórico doble y contradictorio que Foucault denomina normalización, en el cual los estándares de desarrollo para la población se despliegan tanto para medir y reforzar la conformidad como para generar modos de individualidad” (Heyes, 2005: 55).

Sin menoscabar la relevancia que estas críticas asumen en el plano de los debates teórico-políticos sobre la cirugía estética, consideramos que el cuestionamiento más fructífero al momento de conducir una investigación sobre el sentido que las mujeres confieren a estas prácticas es de índole teórico-metodológico: ¿qué es lo que expresan las narraciones femeninas acerca de la experiencia de someterse a una cirugía estética? ¿Cómo debería interpretarse este material empírico? Estos interrogantes abren el camino hacia enfoques más recientes que, al enfatizar el carácter intersubjetivo de los discursos sobre la cirugía estética, proponen nuevas estrategias interpretativas para comprender las narrativas femeninas en su contexto socio-cultural. En el apartado siguiente, exploraremos cómo estas perspectivas redefinen el análisis de las prácticas de cirugía estética al situarlas en un marco de construcción discursiva colectiva.

3. Construcción intersubjetiva del discurso sobre la cirugía estética

El corpus empírico sobre el que trabaja Davis en su libro *Reshaping the Female Body* está constituido por el discurso de mujeres que se habían realizado o planeaban realizarse una cirugía estética. La técnica de investigación que aplica para recoger estos discursos es la entrevista en profundidad. La estrategia de interpretación que aplica consiste en analizar el discurso femenino “en sus propios términos”. Esta estrategia interpretativa presenta un problema teórico-metodológico particular: ignora el carácter intersubjetivo del discurso, haciendo abstracción del contexto en el cual y para el cual este discurso ha sido pronunciado. El término contexto refiere tanto al marco histórico, social y cultural como a la situación de interacción particular de la entrevista.

Según Pitts-Taylor (2007), el contexto socio-cultural contemporáneo está marcado por la proliferación de discursos de distinto signo acerca de la cirugía estética. Estos discursos dan forma a una “atmósfera” particular en la cual las prácticas de cirugía estética gozan de un mayor o menor nivel de aceptación social. En todo caso, sea cual fuere el nivel de aceptación, la cirugía estética es una práctica controvertida. Ello plantea una situación problemática para las mujeres que deciden someterse a estas intervenciones, en tanto deben afrontar la oposición y la crítica que rodea a estas prácticas. Esta situación problemática no tiene nada de abstracto. Son maridos, padres e hijos que se oponen, más o menos abiertamente, a que un ser querido se exponga a los riesgos de una intervención quirúrgica por razones ajenas a la salud. Son amigas que leen notas periodísticas sobre muerte y mala praxis en el quirófano de un oscuro cirujano estético. Son cirujanos estéticos entrevistando y evaluando la pertinencia de realizar la intervención que una paciente solicita. Son conocidas, amigas y enemigas haciendo correr el rumor sobre unos pechos falsos, una nariz retocada, la piel estirada, la belleza artificial. Es una investigadora feminista inquiriendo a una mujer acerca de los motivos por los que ha decidido someterse a una cirugía estética. No es casual que, en este marco, la decisión de una mujer de someterse a una cirugía estética esté plagada de ambigüedades y secretismo. Tampoco es casual que los discursos pronunciados por estas mujeres puedan asumir un carácter defensivo, argumentativo, mezcla de crítica social y afirmación de la autonomía individual. En este contexto, retomar las narraciones femeninas acerca de las prácticas de cirugía estética en su valor facial conlleva el riesgo de tomar como la verdad de las prácticas un discurso que no es más que un artefacto producido por y para el investigador en el marco de una entrevista.

Advertir este problema que presenta la interpretación de los discursos, no equivale a asumir que los entrevistados mienten y que por ende cualquier tipo información obtenida en el mar-

co de estas interacciones es sociológicamente irrelevante. Implica más bien, adoptar una vigilancia epistemológica que permita calibrar los instrumentos de recolección de datos, así como las interpretaciones pasibles de ser realizadas en la etapa de análisis. En función de ello, es posible desarrollar dos respuestas al dilema epistemológico que plantea la producción e interpretación de los discursos femeninos acerca de la cirugía estética: una respuesta teórica y una respuesta técnica.

3.1. Respuesta teórica: más allá del debate estructura-agencia

En años recientes, se han desarrollado una multiplicidad de investigaciones feministas que parten del presupuesto teórico acerca del carácter intersubjetivo de la construcción del sentido que las mujeres confieren a las prácticas de cirugía estética. Estas investigaciones sugieren dos respuestas al problema de la interpretación: el discurso como argumentación defensiva y el discurso como expresión de un repertorio discursivo.

Según la síntesis teórica que propone Pitts-Taylor (2007), los trabajos de Ancheta Rebeca (2002) y Gimlin Debra (2002) se alinean en la primera perspectiva. Ancheta sostiene que la cirugía estética es una práctica problemática que requiere justificación porque implica la intervención quirúrgica sobre cuerpos sanos con el fin de realzar la apariencia. Esta necesidad de formular justificaciones se acentúa en los contextos socio-culturales donde la crítica feminista tiene una mayor presencia. Para profundizar en este punto, aplica las herramientas del análisis del discurso sobre un corpus de veintiún entrevistas en profundidad e identifica dos reglas presentes en las narraciones sobre cirugía estética. La primera regla es que las mujeres minimizan los aspectos más complejos de las intervenciones quirúrgicas con fines estéticos, tales como el riesgo, el padecimiento físico o el carácter invasivo de los procedimientos. Esta presentación “suavizada” de la cirugía estética es una manera de atenuar el rechazo que estas intervenciones suscitan en el círculo de relaciones de estas mujeres. La segunda regla se vincula a la afirmación de la autonomía personal en la elección de la cirugía estética. Las mujeres insisten en que nadie las empujó a tomar esa decisión y que no se sienten presionadas por el deseo de complacer a otros. La insistencia en este punto es una estrategia para ponerse a salvo de las críticas y, al mismo tiempo, probar a los cirujanos que son buenas candidatas para la cirugía estética.

Gimlin, por su parte, encuentra que sus entrevistadas realizan grandes esfuerzos para justificar sus prácticas. Ello responde a que las mujeres “deben lidiar con el estigma de inauténticidad que estos procedimientos implican. Aunque el cuerpo parece más normal, el carácter se vuelve sospechoso, y el yo, por implicación, se torna desviado. El acto inaceptable de la cirugía estética desplaza al cuerpo normativo como indicador del carácter” (Gimlin, 2002, en Pitts-Taylor, 2007: 90). En un trabajo posterior, desarrolla un análisis más detallado de este supuesto inicial mediante un estudio comparativo de las continuidades y diferencias que presentan las narraciones femeninas en dos contextos nacionales: Estados Unidos y Reino Unido. La hipótesis interpretativa de la autora es que las características particulares que presenta la organización de los sistemas de salud en cada contexto nacional inciden en la configuración de las narrativas femeninas. En un sistema de salud como el estadounidense, caracterizado por la primacía del libre mercado como principio de organización, las entrevistadas tienden a articular narrativas en las que prima el lenguaje de la autonomía, el individualismo, la inversión y la oportunidad. En contraste, en un sistema nacionalizado como el que rige las prestaciones de servicios de salud en el Reino Unido, las entrevistadas colocan mayor énfasis en el sufrimiento psicológico y el padecimiento de vivir con un cuerpo “defectuoso”. En este último caso, las mujeres desarrollan un tipo diferente de racionalidad para acceder a prestaciones de salud, que las posiciona como receptoras antes que consumidoras de servicios de salud.

Los trabajos precedentes parten del presupuesto teórico de la intersubjetividad de los discursos. Destacan la índole argumentativa de las respuestas ante un contexto socio-cultural que

problematiza las prácticas de cirugía estética. La relevancia de estos trabajos es que advierten las limitaciones que presenta la técnica de la entrevista (reactividad, dificultad para captar fenómenos en su ambiente natural) y utilizan dicha limitación para identificar las estrategias discursivas que los agentes instrumentan para justificar sus elecciones.

En sintonía con estas investigaciones, los enfoques posestructuralistas se basan en el supuesto del discurso sobre la cirugía estética como una construcción social. No obstante, parten de un esquema teórico diferente: en lugar de colocar el foco en la construcción discursiva que los agentes realizan sobre las prácticas de cirugía estética, los enfoques posestructuralistas se centran en el modo en que los discursos en torno a la cirugía estética construyen a los agentes. Más sintéticamente, el posestructuralismo implica el paso del análisis del sujeto discursivo, al análisis del discurso acerca del sujeto. Pitts-Taylor (2007) expresa este desplazamiento del sujeto en los siguientes términos: “he intentado esbozar una perspectiva teórica que comienza a desplazar la discusión de debatir la verdad del sujeto de la cirugía estética hacia considerar los debates mismos como prácticas de subjetivación. Mi perspectiva pide más reflexión no solo sobre los problemas, sino también sobre la problematización de la cirugía estética” (Pitts-Taylor, 2007: 37).

Tanto la investigación de la autora recién citada, como la obra de Suzanne Fraser (2003) comparten esta perspectiva teórica. La pregunta de investigación a la que pretenden responder presenta algunas diferencias. Pitts-Taylor (2007) pone el acento en la construcción social del sujeto de la cirugía estética que surge en distintos campos discursivos. Fraser explora los repertorios de la naturaleza, la agencia y la vanidad presentes en una multiplicidad de discursos con el objeto de dilucidar el modo en que son producidas las normas contemporáneas de género. La perspectiva que adoptan tiene su correlato en el corpus empírico que analizan mediante la técnica de análisis del discurso: discurso médico, mediático, jurídico y feminista sobre las prácticas de cirugía estética. La presentación que realiza Fraser (2003) de las herramientas teóricas y metodológicas que emplea en el libro *Cosmetic Surgery, Gender and Culture* permite reconstruir la forma en que se articulan los componentes del modelo de investigación.

Fraser retoma el concepto teórico de “becoming” de Deleuze y Guattari con el objeto de explorar la naturaleza cambiante de las categorías culturales asociadas al estudio de la cirugía estética. Bajo esta perspectiva, la feminidad deviene en una categoría inestable, un proceso en el que el ensamblaje de sus elementos constitutivos es reproducido y cuestionado permanentemente. La autora sostiene que, si bien la definición de la identidad de género en términos de flujo es un medio para superar la tendencia a ver la identidad como estática y predecible, la cultura provee un conjunto de opciones a través de las cuales puede ser estabilizada y sostenida. Utiliza la noción teórica de “imaginarios corporales” para hacer referencia a las fuentes y los recursos con que la cultura informa la dirección del cambio en la identidad. Esta noción es retomada de la obra de Gatens, que define los imaginarios corporales como “esas imágenes y símbolos prefabricados a través de los cuales damos sentido a los cuerpos sociales y que determinan, en parte, su valor, su estatus y lo que se considerará su tratamiento apropiado” (Gatens, 1996 en Fraser, 2003: 33). Las tecnologías de género son las instituciones representacionales y materiales a través de las cuales los imaginarios corporales moldean la subjetividad. En función de estas categorías teóricas, la autora sostiene que los discursos acerca de la cirugía estética se fundan en determinados imaginarios corporales y operan como una tecnología de género que tiende a fijar la identidad dentro de determinados límites.

La definición de la cirugía estética como una tecnología de género tiene su correlato en la instrumentación de herramientas metodológicas que permitan identificar regularidades en los discursos sobre estas prácticas. El presupuesto que guía la estrategia interpretativa es que determinadas estructuras discursivas limitan el carácter polisémico de los discursos y conducen a los lectores a arribar a ciertas conclusiones compatibles con los valores culturales dominantes. La construcción de lecturas dominantes de los discursos es el resultado de dos procesos: la intertextualidad y los repertorios discursivos. La intertextualidad refiere a las normas, convenciones, connotaciones y *clichés* que emergen de la lectura de un texto a partir de la articulación con otros

discursos. El repertorio discursivo “es un patrón identificable que puede reconstruirse a partir del discurso sobre un tema particular o un contexto específico, un patrón que los individuos pueden aprovechar para expresarse de una manera socialmente viable o coherente” (Gatens, 1996 en Fraser, 2003: 52). En suma, las tecnologías de género y los imaginarios sobre el cuerpo encuentran su expresión empírica en los repertorios discursivos que delinean las condiciones en las cuales se desarrolla el proceso de subjetivación.

En definitiva, ambos enfoques teóricos parten de la aseveración de que las narraciones femeninas no expresan la “verdadera” interioridad de los sujetos. El posestructuralismo sostiene que estas narrativas expresan los repertorios discursivos disponibles en cierto contexto sociocultural. Las investigaciones de Ancheta y Gimlin interpretan estos discursos como respuestas defensivas ante un contexto que problematiza las prácticas de cirugía estética. Estos trabajos explicitan principios de vigilancia epistemológica de relevancia para eludir lecturas ingenuas y superficiales del discurso producido en el marco de una entrevista. Esta reflexión teórica sobre la intersubjetividad de los discursos conduce a la necesidad de examinar las limitaciones técnicas de la entrevista en profundidad, proponiendo estrategias metodológicas que mitiguen su reactividad y enriquezcan la comprensión de las prácticas de cirugía estética desde una perspectiva procesual.

3.2. Respuesta técnica: algunas reflexiones en torno a la entrevista

La respuesta que denominamos técnica, que en la práctica es indisociable del ejercicio de una reflexividad teórico-metodológica, apunta a atenuar las dificultades que presenta la entrevista para producir discursos depurados de una toma de posición normativa acerca de las prácticas de cirugía estética. Esta respuesta desplaza el foco de reflexión de la fase de interpretación a la de producción de datos mediante la técnica de la entrevista en profundidad. La entrevista en profundidad presenta algunas limitaciones, entre las que consideramos relevante mencionar: los problemas de reactividad, fiabilidad y validez, y la imposibilidad de observar los fenómenos en su ambiente natural (Marradi *et. al.*, 2007: 220-221). En un ejercicio apriorístico de reflexión metodológica, consideramos que estas limitaciones pueden atenuarse en dos instancias: en la instancia previa a la realización de la entrevista y en el transcurso de la situación de entrevista propiamente dicha.

En el apartado anterior, señalamos que una de las dificultades que plantea el discurso femenino sobre la cirugía estética es que tiende a asumir un carácter argumentativo orientado a legitimar la elección de estas prácticas. Es evidente que la entrevista se basa en una interacción comunicativa y que la posibilidad de mitigar las dificultades que plantea depende de la flexibilidad del entrevistador para lidiar con la dinámica peculiar de cada intercambio. Sin embargo, hay una serie de cuestiones que pueden planificarse de antemano: la selección de los sujetos a entrevistar, el diseño de la guía de preguntas, y la selección del lugar y la forma de registro de la entrevista (Marradi *et. al.*, 2007: 221-225). Entre estas tareas de planificación, consideramos que el diseño de la guía de preguntas puede contribuir a orientar el discurso femenino hacia un registro menos normativo.

Sobre este punto, Becker (2014) formula la sugerencia de preguntar “¿cómo?” y no “¿por qué?”. Basado en su propia experiencia de investigación, el autor señala que cuando consultaba a las personas acerca de por qué habían hecho algo, estas interpretaban la pregunta como un pedido de justificación. Por este motivo, las respuestas obtenidas eran breves, defensivas y ajustadas a convenciones sociales. Por el contrario, cuando preguntaba cómo había ocurrido algo, los entrevistados experimentaban una mayor libertad para explayarse en relatos detallados, con un elevado componente intersubjetivo y purgado de posicionamientos normativos. La eficacia de esta estrategia de entrevista opera en dos sentidos: permite aminorar el problema de la reactividad y, al mismo tiempo, aprender acerca de las personas, acontecimientos y circunstancias implicadas en una historia.

En función de dicha sugerencia, la pregunta que debería formularse a las mujeres que se han sometido a una cirugía estética es “¿cómo fue que decidiste operarte?” en lugar de “¿por qué decidiste operarte?”. Esta pequeña modificación en el instrumento, tiene enormes consecuencias en el tipo de información recolectada: evita respuestas defensivas y permite reconstruir la decisión de someterse a una cirugía estética en términos procesuales. Pensar en términos procesuales implica el despliegue de un imaginario narrativo, que busca identificar la secuencia de pasos que conduce a la ocurrencia de determinado acontecimiento (Becker, 2014: 88). La adopción de esta perspectiva teórica-metodológica habilita una lectura más compleja del universo de la cirugía estética. Por un lado, abre la posibilidad de distinguir etapas al interior de una práctica que generalmente se aborda monolíticamente. Por el otro, permite visualizar los actores e instituciones que intervienen en cada una de las etapas. La apertura del foco de análisis dispara una batería de preguntas que trascienden la preocupación exclusiva en torno a los motivos que conducen a la elección de estas prácticas. Al mismo tiempo, posibilita la elaboración de tipologías al interior de una población frecuentemente analizada en bloque.

La planificación de la entrevista constituye una instancia necesaria pero insuficiente para obtener un buen rendimiento de esta técnica. La formalización más meticulosa del instrumento de recolección no impide que, en última instancia, la calidad de los resultados se encuentre supeditada a la dinámica particular que impriman los participantes del intercambio. Esta dinámica no depende exclusiva, ni principalmente, de la “buena voluntad” de estos participantes, sino más bien de las disposiciones corporales y lingüísticas que presenten en función de su posición en el espacio social. De este modo, es posible que la asimetría que caracteriza el intercambio desarrollado en el marco de una entrevista, se vea reforzada por la asimetría social entre entrevistadores y entrevistados. Más concretamente, por lo general los entrevistados no alcanzan a comprender la finalidad de la entrevista y, al mismo tiempo, exhiben cierta resistencia a responder abiertamente a las preguntas formuladas por un desconocido que se presenta como sociólogo.

La incomprendión y, sobre todo, la resistencia de los entrevistados tiende a exacerbarse cuanto mayor es la distancia social que los separa de los entrevistadores. La resistencia no necesariamente es un proceso consciente, ni expresa una impostura por parte del entrevistado. Más bien es una manifestación del posicionamiento y las estrategias discursivas que adopta ante un intercambio que presenta las marcas de lo extra cotidiano. Por su parte, el entrevistador, pertrechado de instrumentos de recolección de datos que no necesariamente se ajustan al universo de problemáticas de los entrevistados, corre el riesgo de recoger discursos que obedecen más a la coyuntura arbitraria que instaura la situación de entrevista que a la lógica de los intercambios cotidianos. Con el fin de aminorar el “efecto de imposición” que ejerce la entrevista, Bourdieu (1999) sugiere dos alternativas no excluyentes: por un lado, actuar sobre lo que puede controlarse consciente o inconscientemente en la interacción; y por el otro, actuar sobre la estructura misma de la relación (y, con ello, sobre la estructura del mercado lingüístico y simbólico).

La exploración de la experiencia femenina en torno a la cirugía estética a través de la técnica de la entrevista se funda en el intercambio desarrollado entre el entrevistador y la entrevistada. El entrevistador es el que toma la iniciativa de concertar el encuentro: se presenta como un agente que detenta ciertas credenciales académicas y que se encuentra llevando adelante un proyecto de investigación acerca de la cirugía estética. Asiste al encuentro con una serie de conjeturas y una guía de preguntas. La guía puede ceñir más o menos estrechamente el desarrollo del intercambio según el grado de flexibilidad que presente. No obstante, siempre apunta a producir un discurso ligado al interés científico del investigador. Un hecho habitual para el investigador como es la planificación y la ejecución de una entrevista, puede que adquiera entre las entrevistadas connotaciones más o menos alejadas del sentido que el mundo académico imprime a estas prácticas. Sea cual fuere el caso, es probable que estas mujeres, aún las más familiarizadas con el mundo académico, difícilmente encuentren algo natural en el hecho de concertar un encuentro con un desconocido con el único objetivo de hablar sobre su experiencia con las prácticas de cirugía estética. El carácter excepcional del encuentro puede suscitar en las entrevistadas inquietudes y su-

puestos que las predispone a participar del intercambio según una lógica ajena a las conversaciones corrientes.

Es posible que el carácter artificial del encuentro se profundice aún más en tanto el entrevistador formule una batería de preguntas que impelen a las entrevistadas a articular respuestas a interrogantes que nunca se hubieran planteado en el marco de su vida cotidiana. Al mismo tiempo, consciente o inconscientemente, formulan un discurso que se encuentra condicionado por la información previa acerca del entrevistador, así como por las disposiciones corporales y lingüísticas que este exhibe. Ante este panorama, la primera alternativa que se le presenta al investigador es procurar que la entrevistada comprenda el sentido del intercambio, instalarse en una situación de escucha atenta e introducir las preguntas respetando la cadencia con que la entrevistada introduce ciertos tópicos. Al mismo tiempo, el saber acerca de las entrevistadas permite improvisar permanentemente las preguntas pertinentes utilizando un código lingüístico adecuado. La segunda alternativa se plantea en un momento previo a la concreción de la entrevista: la selección de entrevistadores y entrevistados. Sea cual fuere la estrategia de selección adoptada, cierto grado de familiaridad con la entrevistada ahorra, en cierto modo, los esfuerzos del investigador de montar un intercambio provisto de todas las apariencias de lo “natural” y, en consecuencia, facilita el desarrollo de un diálogo fluido en un marco de confianza.

En lo concerniente a la selección del entrevistador, podemos suponer que el género constituye una característica que condiciona el desenvolvimiento de la entrevista. Dialogar en torno a la cirugía estética implica rozar espacios íntimos del mundo femenino: el padecimiento ante unos senos demasiado pequeños, las frustraciones en el plano amoroso, las cicatrices producidas por la cirugía o los cambios experimentados en la vida sexual luego de la intervención, constituyen algunos ejemplos de ello. En este marco, es probable que el entrevistador de género masculino inhiba la expresión de esta dimensión de la experiencia femenina. Al mismo tiempo, debe hacer un esfuerzo suplementario para saltar la brecha que lo separa de la experiencia corporal femenina así como del universo de las prácticas de belleza.

En suma, la reflexividad metodológica aplicada a la elaboración del instrumento de recolección de datos y a la problematización de la relación entrevistador-entrevistado permite atenuar, o al menos hacer consciente, las limitaciones de la entrevista en profundidad. Al mismo tiempo, permite visualizar los supuestos teóricos que subyacen al modo en que se articulan las preguntas en el marco de una entrevista.

Conclusión

Al comienzo de este trabajo empleamos un corto de animación para ilustrar un imaginario acerca del mundo empírico que representa a las mujeres que recurren a intervenciones quirúrgicas con fines estéticos como sujetos pasivos sometidos al dictado del imperativo cultural de belleza. El enfoque opresivo constituye el marco interpretativo que más se aproxima a esta imagen. No es nuestro objetivo evaluar la pertinencia de esta construcción teórica para indagar el modo en que opera la cirugía estética en las sociedades contemporáneas. En todo caso, esa es una cuestión que sólo puede resolverse a partir del propio proceso de investigación. Lo que efectivamente podemos sostener es que las propuestas teóricas desarrolladas posteriormente tienen el potencial de enriquecer la imagen delineada por el modelo opresivo. Para empezar, el modelo discursivo desplaza la “mujer” como categoría unificada en favor de una multiplicidad de feminidades y remarca la faceta productiva del poder. Davis, por su parte, introduce un cuestionamiento radical al modo en que es conceptualizado el poder por los enfoques precedentes, al rescatar mediante la noción de agencia la reflexividad de las mujeres que eligen, dentro de determinados constreñimientos estructurales, someterse a una cirugía estética. Definir a las mujeres como agentes activos que eligen la cirugía estética, tiene su correlato en la postura epistemológica asumida en la interpretación de los datos empíricos: el discurso femenino debe interpretarse en sus “propios términos”.

Estudios feministas más recientes, van a sostener que la disputa clásica basada en la oposición agencia/opresión, confluye en la definición de los motivos que conducen a la cirugía estética como una cuestión inherente a los propios sujetos. Para romper con esta lectura, sostienen que es fundamental situar a los agentes en determinado contexto e interpretar los discursos como una producción intersubjetiva. Este presupuesto conduce a algunas investigadoras a identificar las estrategias discursivas que, más o menos conscientemente, las mujeres instrumentan para legitimar la elección de la cirugía estética. Los enfoques posestructuralistas invierten esta lectura, y colocan el énfasis en la circulación de discursos acerca de la cirugía estética y su incidencia en la producción del sujeto del discurso. En suma, los sucesivos enfoques teóricos sugieren distintas alternativas para interpretar el discurso femenino sobre la cirugía estética y permiten vislumbrar la interrelación que se establece entre las decisiones relativas a la construcción del objeto y las decisiones vinculadas al análisis de la información. De este modo, la misma aseveración formulada en el marco de una entrevista (“lo hice por mí”) puede ser interpretada como mistificación ideológica, expresión de agencia, argumentación defensiva o repertorio discursivo.

La relación entre teoría e interpretación de datos constituye un eje central para visualizar la integración de las etapas de un diseño de investigación en ciencias sociales, particularmente en los debates feministas sobre la cirugía estética. Este trabajo ha enfatizado este punto, dado que los modelos teóricos (opresivo, discursivo y centrado en la agencia) estructuran las disputas en torno a cómo interpretar las narrativas femeninas sobre estas prácticas. En el último apartado, hemos señalado la relevancia del marco teórico en la construcción de instrumentos de recolección de datos, proponiendo un desplazamiento de un imaginario causal a uno procesual. Este cambio, operacionalizado mediante preguntas orientadas al “cómo” en lugar del “por qué” de la decisión de someterse a una cirugía estética, permite descomponer la práctica en etapas, identificar actores e instituciones involucrados, y captar la complejidad de un fenómeno que trasciende las motivaciones individuales (Becker, 2014). Esta perspectiva procesual no solo enriquece el análisis empírico, sino que también pone en evidencia la necesidad de desarrollar estrategias teórico-metodológicas que aborden dimensiones menos exploradas del objeto, como las dinámicas de poder en contextos socioeconómicos específicos (Edmonds, 2010). La apertura hacia nuevos actores (como profesionales médicos, industrias cosméticas o medios de comunicación) y el uso de un repertorio diverso de técnicas cualitativas, como el análisis del discurso o la etnografía, pueden contribuir a reformular modelos teóricos donde el género, aunque central, no sea la única variable de relevancia.

Este desplazamiento hacia modelos teóricos más amplios plantea preguntas cruciales que permanecen abiertas en los debates feministas sobre la cirugía estética. ¿Cómo se articulan las variables de clase, raza y contexto cultural con el género en la configuración de las prácticas de cirugía estética? ¿De qué manera los discursos globalizados de la belleza, mediados por la publicidad y las redes sociales, interactúan con imaginarios locales en contextos como el argentino, donde las desigualdades socioeconómicas y las herencias coloniales modulan los ideales corporales? Estas interrogantes sugieren la necesidad de integrar enfoques interseccionales que consideren la multiplicidad de factores que dan forma a las decisiones de las mujeres, así como el rol de actores no humanos, como las tecnologías médicas o las plataformas digitales, en la producción de subjetividades (Pitts-Taylor, 2007). Asimismo, explorar estas cuestiones requiere metodologías que combinen el análisis discursivo con estudios empíricos situados, capaces de captar las tensiones entre agencia individual y estructuras de poder en diferentes contextos socioeconómicos. Al formular modelos teóricos que trasciendan el género como variable única, los estudios feministas podrían no solo enriquecer la comprensión de la cirugía estética, sino también contribuir a una crítica cultural más amplia, que interroge las dinámicas de poder en la construcción de los cuerpos y las identidades en las sociedades contemporáneas.

Bibliografía

- Ancheta, R. (2002). Discourse of Rules: Women Talk about Cosmetic Surgery. En K. Strother Ratcliff (ed.), *Women's Health: Power, Technology, Inequality and Conflict in a Gendered World* (pp. 143–149). Boston: Allyn and Bacon.
- Bartky, S. L. (2002). "Sympathy and Solidarity" and other Essays. Maryland: Rowman and Littlefield Publishers.
- Becker, H. (2014). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bericat, E. (1998). *La integración de los métodos cualitativos y cuantitativos en investigación social*. Buenos Aires: Ariel.
- Bordo, S. (1993). *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body*. Berkeley: University of California Press.
- Bordo, S. (2009). Twenty Years in the Twilight Zone. En C. Heyes y M. Jones (2009) (eds.), *Cosmetic surgery: A feminist primer* (21-33). London: Ashgate Publishing.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cohen, N. y Piovani, J. (Comps.) (2008). *La metodología de la investigación en debate*. Buenos Aires: Eudeba.
- Davis, K. (1991). Remaking the She-Devil: A Critical Look at Feminist Approach to Beauty. *Hypatia*, 6 (2), 21-43.
- Davis, K. (1995). *Reshaping the female body. The Dilemma of Cosmetic Surgery*. New York: Routledge.
- Davis, K. (2003). *Dubious Equalities and Embodied Differences. Cultural Studies on Cosmetic Surgery*. Maryland: Rowman and Littlefield Publishers.
- De Lauretis, T. (1984). *Alice Doesn't: Feminism, Semiotics, Cinema*. Bloomington: Indiana University Press.
- Denzin, NK. y Lincoln YS. (1994). *Entering the Field of Qualitative Research*. London: Sage Publications.
- Edmonds, A. (2010). *Pretty Modern: Beauty, Sex, and Plastic Surgery in Brazil*. North Carolina: Duke University Press.
- Fraser, S. (2003). *Cosmetic Surgery, Gender and Culture*. London: Palgrave MacMillan.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giddens, A. (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gimlin, D. L. (2002). *Body Work: Beauty and Self-Image in American Culture*. Berkeley: University of California Press.
- Guba, E. y Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En C.- Denman JA. Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social* (pp. 113-146). Sonora: El Colegio de Sonora.
- Heyes, C. (2007). Normalisation and the psychic life of Cosmetic Surgery. *Australian Feminist Studies*, 22 (52), 55-71.
- Heyes, C. y Jones M. (2009) (eds.). *Cosmetic surgery: A feminist primer*. London: Ashgate Publishing.
- Kornblit, A. (2004). Introducción. En A. Kornblit (coord.), *Metodologías Cualitativas en Ciencias Sociales. Modelos y procedimientos de análisis*(pp. 9-14). Buenos Aires:Biblio.
- Marradi, A.; Archenti, A. y Piovani, J.I. (2007). *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Maxwell, J. (1996). *Qualitative Research Design. An Interactive Approach*. London: Sage Publications.
- Mendizábal, N. (2006). Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa. En I. Varsilachis (coord.), *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.

- Morgan, K. P. (1991). Women and the Knife: Cosmetic Surgery and the Colonization of the Women's Bodies. *Hypatia*, 6 (3), 25-53.
- Pitts-Taylor, V. (2007). *Surgery Junkies. Wellness and Pathology in Cosmetic Surgery*. New Jersey: Rutgers UniversityPress.
- Sautu, R. (2005). *Todo es teoría: objetivos y métodos de investigación*. Buenos Aires:Lurniere.
- Sullivan, D. A. (2004).*Cosmetic Surgery: the cutting edge of commercial medicine in America*. New Jersey: Rutgers University Press.

Fecha de Recepción: 14 de diciembre de 2024
Recibido con correcciones: 2 de junio de 2025
Fecha de Aceptación: 10 de junio de 2025